

EL BOBO

I

EL BOBO TRAZA UNA LÍNEA en la arena y la llama el Principio. Una hormiga va caminando; llega a la línea, la cruza. El bobo ríe. La hormiga ha comenzado su existencia. Antes era sólo caminar - y - llegar - hasta - la - línea. El bobo lo intenta pero no osa atravesarla. Frente a su propio terror, más risa.

El bobo traza otra línea paralela a la anterior, brinca por en medio, pero no la nombra. El viento de la noche borra los trazos. Al día siguiente puede jugar de nuevo.

II

Un animal se mete por el agujerito de un tronco. Pero no es animal sino boca. Su silbido hace un túnel en la corteza; despierta a la materia allí en lo oscuro, la orea. El hilo de aire va serpenteando, sorbe la humedad y se licúa. Ahora ya no es aire sino río. De regreso se le adhieren huevecillos y mieles. Denso como un unguento, bien nutrido, va curando los crujiidos de la madera hasta volver a su origen en los labios.

El bobo da un salto atrás y escupe una larva, su creatura.

III

El día que lo expulsan del pueblo por ladrón, quiere llevarse la piedra donde se sienta cada tarde y los dos arbustos detrás del kiosco. Dejar en cambio la pierna izquierda, los pulgares y el ombligo, que no considera suyos. A él no lo pueden desterrar de golpe, si deben incluir en su persona al campanario, por ejemplo. El bobo no sabe dónde le nace el fleco, dónde termina su huella y comienza el pie. No sabe decir: yo no me voy, yo no sueño por las noches, yo soy yo. Se queda abrazado a la piedra con sus ojos de vaca, observando a los curiosos. Y la piedra, como piedra, no piensa moverse un milímetro de ahí.

IV

Tiene un idioma propio que saborea, para hablar con seres invisibles y con las cosas. Ellas se abren —son gargantas— y el bobo escucha. Cantan como ballenas su secreto.

El bobo saca una lista de nombres inventados. Los recita señalando cada cosa. No se repite, no se nombra. No para de oír el rurnín de los objetos.

V

Atraviesa la plaza botando una pelota. La gente que viene a misa lo esquiva. Sólo al mediodía se está quieto, con el calor, como las nubes entre las ramas del árbol grande. Esto es el Limbo, mi hijita, y hacen la cruz.

Por la tarde, familias vuelven de las tertulias hablando fuer-

te. El bobo sigue con su juego; pasan esquivándolo, se alejan. Por todo el pueblo, sólo el eco de la pelota. Y algún niño que observa un sol rosado resbalar de la azotea.

VI

La ropa que le regalan le queda chica. Siempre anda con leñañas en los ojos. Cuando te mira piensa en otra cosa. Cuando lame la cáscara de los mangos, piensa en otra cosa. Cuando se rasca la espalda sólo piensa en su espalda, esa otra ala del mundo, que no conoce.

VII

Le estorba. Ya la enterró junto al pozo, pero necia. Salta del bolsillo y coge sus trastes, sus juguetes; señala sin pudor a las personas, y para colmo, parece siempre adivinar sus intenciones. Todo lo obedece: el tazón de sopa se riega, la cozonón se enciende, las personas se molestan, el tallo de las flores se desgarran.

Ella trata de ablandarlo con zalamerías. Anoche, por ejemplo, dale y dale mi bobo amado. Bajo el suéter se entretiene pellizcándolo a la altura de las tripas. Entonces sí, ponerla al fuego, golpearla, sumirla en el hormiguero, hasta que huya. Y él detrás; que en todo, maldita sea, la mano y el bobo se remedan.

VIII

Un reloj tirado. Da cinco pasos, lo recoge, se lo pega a la oreja. Brinca con él y explora; las manecillas están quietas. Lo tira otra vez pero se inclina: horas sin olor y una carátula rota; ¡qué bien!, no se da cuenta de que sufre. Finge olvidar el reloj y se da media vuelta.

Ya no son cinco sino trece, está paseando. Que no se aleje mucho por si alguien ronda. Retrocede y lo acecha, va a cazarlo. De pronto, mira ahí: ¡un reloj de pulsera abandonado! No se atreve a levantarlo, podría contener alguna cosa, un latido, un sapo. Lo pisa lentamente, lo tritura mientras cuenta. La carátula cruje al dieciséis y al fin se mueve una manecilla. Ya nunca más es ahora, ríe.

Viene de nuevo contando. ¿Cuántas veces ya?: cuatro, doce, quince. Se guiña un ojo, va tranquilo. Marcha en círculo; siete de ida, nueve al volver, y sobre todo, eludir al tuerco que me espía desde la arena. Cruza sigiloso en diagonal, tropieza, pero ¿con qué? Mejor ignorarlo y abandonar el reloj, sí, aunque un poco entristecido: ha perdido el tiempo sin saber cómo.

IX

Ningún acto sin transcurso. La fiebre aumenta. Nada puede hacerse a escondidas del horario. Lo intentó toda la tarde:

alzar el brazo, atrapar una libélula, tronar los dedos, tragarse un estornudo, cerrar y abrir los ojos. Y siempre: algo sucedió. ¿Cómo meter los pies al río sin que se mojen o sin que el agua se perturbe? ¿Volverse invisible ahora mismo; no existir entre las cosas? Sí, un último esfuerzo y: ya - no - hay - bobo. Está resuelto.

Sonríe la mujer que le aplica las compresas. No existe, qué va, pero ¡cómo le duele la barriga! El otro día clavó un alfiler en la panza de un mosquito. Lo atravesó. Fue por su colección y al regresar lo encontró vivo. Lo volvió a matar por terco. El bicho insistió en vivir. Lo aplastó con la mano, con el zapato, con una piedra. Al rato lo vio pasearse como si nada le hubiera ocurrido.

Hoy no le baja la fiebre, ni termina nunca de ponerse el sol. Y claro, el bobo se aflige mucho.

X

Una uva blanca flota en el agua de un charco. El bobo la persigue con una red toda la noche, hasta marearse. La atrapa por fin, se la mete a la boca, le da vueltas con la lengua y se embriaga de tristes premoniciones.

XI

Escoge una entre las cruces y pone a secar ahí su camisa. Se tira sobre la lámpida caliente. El calor va despertándole los huesos, le lame el torso con dulzura, espanta las avispas.

¡Qué buen sol!, no quiero que me entierren. Esta lámpida quemada como plancha. Bobo asado, se sonríe. La saliva no le escurre, se evapora. Mira al cielo y dice: Arriba verás muchas cruces volcadas, tus espadas; abajo, las nubes deliciosas. ¡Ah, si soñara, si al menos pudiera dormir!, pero no deja de rodar esta cabeza. Si al menos retuviera una visión... Las lámpidas levantadas. Ellos, los ocultos, recibiendo ramalazos de sol. Los agujijones de avispa haciéndoles saltar, y todos compartiendo con su bobo tanta dicha.

XII

Aprendió solo a llevar recados, a recoger los desperdicios, a vigilar si los chiquillos roban fruta. Mete las manos en los charcos, hace olas. Lleva extrañas cuentas con los dedos. ¡Renacuajos!, les dice, nadie en el pueblo los estima.

El bobo se aparece de improviso en los espejos; las señoras gritan, los dejan caer y los espejos estallan. El bobo es esa cara que brota en los estanques de las afueras, espionando a las parejas y ahuyentando peregrinos.

XIII

No reconoce las calles. Descubre la plaza, el barullo del mercado, ¿y esas casas?: como recién levantadas aunque viejas. Busca en los peatones un asombro semejante. Nada. Saca su lista de nombres. No concuerdan. Si siempre las cosas existieron, ¿por qué no las vio?, y si al contrario, nunca antes estuvo el kiosko, esa gente, la iglesia junto al cementerio y el cementerio junto a su choza, ¿cómo llegaron? Jamás se había ausentado del pueblo, y su memoria era irrefragable; pero ¿entonces?

De cuando en cuando la presencia repentina de los árboles le intriga. Sí, en especial los árboles. Y se pone a girar por ver si todo al mismo tiempo permanece.

XIV

No se mueve, no parpadea ni le tiemblan los labios. No le tiritan las rodillas ni siente comprimida la cabeza. Espalda firme de guerrero, el pensamiento hundido lejos, atrás las llamas, el movimiento, los gritos. Cargan lo que pueden y corren por la calle principal hasta el final del tiempo. "Santo Dios", "Santo Fuerte". El suelo se aja, los techos se desploman. Un muchacho bizco patea los portones de la iglesia. El río avanza y bebe cacharros, muebles, las bases de las paredes, "Santo Inmortal". Perros descarnados se lamen frenéticos las tripas.

¡Bobo corre! ¡Imbécil, muévete, reacciona! Un golpe en la nuca. Tragar saliva pero no más. Simula su muerte intacta a mitad del parque.

XV

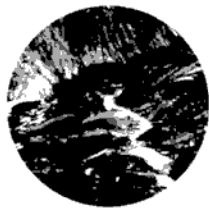
Voces al oído; percibes voces. La plaza solitaria, tus pasos y esas voces. Detrás de un árbol, el bobo te adivina.

XVI

Un forastero en el pueblo: ¿Esto es el Limbo? Todo muy simple y transitorio, ¿no cree? Un puro misterio, claro. Dos gotas de baba le caen en el pecho. ¿Puedo sentarme en esta banca? Ya le digo, he comprendido muchas leyes, he visto maravillas en mis viajes, y seres de todo tipo.

Se desborda hablando el forastero, como un vaso. Beba, amigo: ciudades antiguas, constelaciones, mares desecados. Se limpia los labios con la muñeca. Yo le cuento todo si usted quiere. El bobo ladea la cabeza, no pregunta. Abre unos ojos desmesurados; sí, para abarcar tamaña sorpresa. Y es que el forastero se ha vuelto una ventana. A través de su cuerpo ve desiertos, ve tribus, ve remolinos, ve torres. Ya no siente el parque, el campanario ni su piedra. Es un ángel, conjetura y lo escucha sin cansarse.

Se hace de noche. La lengua del forastero se diluye entre los dientes. Frases apenas, apenas nombres, apenas ruidos de la "cosa" transparente. Y dos ojos hinchados como lunas, huérfanos, brillando en el silencio.



ROSA
LEÓN

CAMINO DE ROCA

UNA CAMINATA DE DOCE DÍAS EN LADAKH CRUZANDO
DOCE MONTAÑAS DE LAMAYURA A DRAS INDIA JULIO 1984